

La España de las impresiones de Azorín

Došlić, Nika

Undergraduate thesis / Završni rad

2021

Degree Grantor / Ustanova koja je dodijelila akademski / stručni stupanj: **University of Zagreb, Faculty of Humanities and Social Sciences / Sveučilište u Zagrebu, Filozofski fakultet**

Permanent link / Trajna poveznica: <https://um.nsk.hr/um:nbn:hr:131:719769>

Rights / Prava: [In copyright](#) / [Zaštićeno autorskim pravom.](#)

Download date / Datum preuzimanja: **2024-10-03**



Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
University of Zagreb
Faculty of Humanities
and Social Sciences

Repository / Repozitorij:

[ODRAZ - open repository of the University of Zagreb
Faculty of Humanities and Social Sciences](#)



Universidad de Zagreb
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Departamento de Estudios Románicos

La España de las impresiones de Azorín

Nika Došlić

Dra. Maja Zovko

Zagreb, septiembre de 2021

Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
Odsjek za romanistiku

Španjolska kroz Azorínova zapažanja

Nika Došlić

Izv. prof. dr. sc. Maja Zovko

Zagreb, rujan 2021.

Índice

1.	Introducción.....	5
2.	Generación del 98.....	6
3.	Azorín - vida y obra.....	9
4.	La obra de Azorín y el paisaje castellano	10
4.1.	La visión de España en <i>Castilla</i> y <i>La ruta de Don Quijote</i>	12
5.	El paisaje.....	13
5.1.	La intrahistoria en Azorín	13
6.	El tiempo.....	18
6.1.	La nostalgia en Azorín	18
7.	Conclusión.....	22
8.	Bibliografía.....	24

Resumen

El objetivo de este trabajo de fin de grado es investigar y analizar las impresiones de Azorín sobre España, más concretamente, sobre Castilla. Asimismo, se estudiará el aspecto del tiempo que se percibe a través de la mayoría de sus obras. Se observará la importancia de la generación del 98, de la que Azorín fue uno de los miembros más destacados. Igualmente, se estudiarán las características de esta generación, así como su percepción colectiva del paisaje, pero también las polémicas que la rodean con los modernistas. Se explicará cuál fue el papel que jugó Azorín dentro de la generación del 98. Para el análisis del tema “La España de las impresiones de Azorín” se tomará la obra más representativa, *Castilla*, pero también *La ruta de Don Quijote*.

Palabras claves: Azorín, generación del 98, paisaje, Castilla, fugacidad del tiempo

Sažetak

Cilj ovog završnog rada je istražiti i analizirati kakvi su bili Azorínovi dojmovi o Španjolskoj, točnije o Kastilji. Isto tako, proučiti će se aspekt vremena koji se opaža u većini njegovih djela. Sagledati će se važnost generacije '98, u kojoj je Azorín bio jedan od najistaknutijih članova. Također, će se proučiti značajke ove generacije, njihova kolektivna percepcija krajolika, ali i kontroverze koje je okružuju s modernistima. Biti će objašnjeno kakvu je ulogu imao Azorín u generaciji '98. Za analizu teme “Španjolska kroz Azorínova zapažanja” uzeti će se najreprezentativnije djelo, *Kastilla*, ali i djelo, *Ruta Don Quijotea*.

Ključne riječi: Azorín, generacija '98, pejzaž, Kastilla, prolaznost vremena

1. Introducción

El objetivo principal de este trabajo de fin de grado es analizar la visión de España según el escritor español, perteneciente a la Generación del 98, José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín. Un escritor que, a lo largo de su larga y variada carrera, abarcó diversos géneros literarios desde la novela, el ensayo, y teatro. También fue conocido como crítico literario y teatral.

Debido a la gran crisis de 1898 que afectó a España tras la pérdida de las últimas colonias, se formó un grupo de escritores e intelectuales (Shaw 1978 15-16). Los jóvenes escritores se dieron cuenta de un grave problema que existía en su Patria (Laín Entralgo 2012 419) y sintieron la necesidad de expresar su descontento, pero también de intentar cambiar la realidad española (Shaw 1978 16). Al tratar de “renovar ideales y creencias” e iniciar una regeneración de España, inician un movimiento de protesta y rebeldía (*Id.* 30). Tal y como destaca Shaw:

Su esperanza de mejora social en general, y de la regeneración de España en particular, estuvo condicionada por su determinación a ver el progreso en términos de una recuperación de valores. Por ello, se fijaron como meta el descubrimiento de los valores nacionales colectivos, más que la elaboración de un programa de reformas destinadas a conseguir la justicia social o la prosperidad material (*Id.* 259).

En la primera parte de este trabajo nos familiarizaremos con las características que manifiestan los noventayochistas, pero también la polémica que envuelve a esta generación y a los modernistas. Se explicará quién y cuándo usó por primera vez el nombre de Generación del 98 y qué escritores pertenecen a ella. También, se explicará qué importancia tuvo el paisaje para estos escritores, y la referencia al tiempo, especialmente para Azorín. Asimismo, nos referiremos a la obra literaria de Azorín y su desarrollo como un escritor prolífico. En la parte central del trabajo se explicará cómo los escritores de la Generación del 98 quisieron acercarse a la realidad, al pueblo español, pero también a la historia española a través del paisaje castellano. Se explicará la influencia de Francisco de Giner, con su renovada representación del paisaje, en la generación, y especialmente en el escritor más destacado de la generación, Azorín.

Para tal fin, se analizarán las obras *Castilla* y *La ruta de Don Quijote*. Estas dos obras fueron elegidas para el análisis de este trabajo porque en ellas se pueden reconocer y estudiar los aspectos paisajísticos y temporales que son tan característicos para Azorín. También, se van a analizar qué técnicas usa Azorín al escribir, y cómo las implementa. Para este análisis, han sido de gran importancia las obras de autores como Donald Shaw, que con su libro *La generación del 98* dio una descripción muy amplia de la generación y de Azorín; Pedro Laín Entralgo, que

en su artículo abordó el tema del problema de España y la situación provocada por la crisis española. Asimismo, de mucha importancia fue el artículo de Edward Inman Fox, porque abordó el tema de la invención de la nacionalidad, la literatura de España y el libro de Pedro Salinas, donde el autor hizo una clara distinción entre el movimiento modernista y los noventayochistas. De gran ayuda fue el artículo "El debate Modernismo-Generación del 98" donde Dorde Cuvardic García describió la relación entre la generación del 98 y los modernistas y el de Pedro José Vizoso "Modernismo frente a 98: una oposición infundada" porque destacó las características de la generación 98. De igual forma, fueron esenciales los libros *La novela española del siglo xx: 1.-de la generación del 98 a la guerra civil* en el que José Domingo describió detalladamente las características de los noventayochistas y el libro *Estética de Azorín* de Manuel Granell, porque explicó la influencia y la importancia del aspecto del tiempo en Azorín. Igualmente, fue significativo el artículo de Carlos Schwab y su análisis de la obra *Castilla*, el de Nicolás Ortega Cantero, quien escribió sobre la identidad nacional y el paisaje en Azorín, y el de la autora Elena de Jongh-Rossel porque dio su interpretación del paisaje castellano y sus descubridores. De suma importancia fueron las obras de autores como Antonio Montoro Sanchis, con su biografía de Azorín; Gaspar Sabater, con su libro *Azorín o la plasticidad* donde destacó la fascinación de Azorín con el ambiente, y José Rico-Verdú, quien destacó la obsesión de Azorín con el pasado en su artículo "Un Azorín desconocido: estudio psicológico de su obra".

2. Generación del 98

A principios del siglo XIX, la pérdida de las posesiones coloniales españolas fue recibida con mucha indiferencia (Shaw 1978 15). La creciente resistencia e insistencia de Cuba por independizarse significó también un gran déficit económico. Era indiscutible que, con la pérdida de Cuba, España se quedaría sin sus otros territorios en las Américas, incluidos Puerto Rico y Filipinas, que finalmente pertenecieron a los Estados Unidos. Esto significaba una derrota política y una vergüenza para los españoles (*Ibid.*). Cuba finalmente se independizó en 1898 cuando el Tratado de París finalmente le otorgó sus derechos y autonomía (*Id.* 16).

Este gran acontecimiento provocó una crisis política y moral, pero también un desastre en España (*Id.* 16). Según Shaw, "los problemas de España tras su derrota en 1898, se concretaban en la pobreza, subdesarrollo, injusticia social, separatismo regional, educación inadecuada, falta de inversiones, y urgente necesidad de modificar la estructura política del poder" (*Id.* 24).

Impulsados a oponerse a las autoridades y manifestar su descontento, se unió un nuevo grupo de escritores e intelectuales, más tarde denominado Generación del 98.

La polémica sobre si existió o no la Generación del 98 como movimiento literario ha estado presente desde principios del siglo XX (Cuardic García 2009 102). Muchos críticos niegan la existencia de los noventayochistas y consideran que el Modernismo y la Generación del 98 son el mismo movimiento. Sin embargo, varios miembros de la Generación del 98, como el propio Azorín, no están de acuerdo con esta tesis (*Ibid.*). Las principales características del Modernismo son que este movimiento surgió en América Latina, primero en prosa y luego en verso (Shaw 1978 20). Los modernistas creen que, como ciudadanos del mundo, se caracterizan por el cosmopolitismo (*Ibid.*). Se sienten atraídos por los temas fantásticos, una imaginación creativa, y tienen como objetivo crear belleza (*Id.* 24). Al igual que los noventayochistas, quieren rebelarse y hacer cambios en la sociedad porque están insatisfechos con la crisis del país. Pero la Generación del 98, a diferencia de los modernistas, se centra únicamente en España y en su realidad (Vizoso 2008 56). Tal y como destaca Shaw, una de las mejores distinciones de ambos movimientos la hizo Pedro Salinas, escritor de la Generación del 27, confirmando así la existencia de ambos movimientos (Shaw 1978 21). Según Donald Shaw, Pedro Salinas ha calificado la renovación de la poesía modernista como un concepto limitado, junto con su arsenal expresivo (*Ibid.*).

Salinas, a diferencia de los modernistas, caracteriza a los intelectuales del movimiento noventayochista como “la agitación de las capas intelectuales es mayor en amplitud y hondura, no se limita al propósito de reformar el modo de escribir poesía o el modo de escribir en general, sino que aspira a conmover hasta sus cimientos la conciencia nacional, llegando a las mismas raíces espirituales” (Salinas 1949 208-209). Esta diferenciación, muchas veces criticada, es hoy en día la más aceptada y explorada en detalle por Guillermo Díaz-Playa en su obra *Modernismo frente a 98* (Shaw 1978 21).

La primera mención de la Generación del 98 apareció el 23 de febrero de 1908, cuando en un artículo del diario *Faro*, en respuesta a la polémica con Ortega y Gasset, el historiador Gabriel Maura mencionó la "generación que ahora llega", caracterizándola como "una generación intelectualmente nacida después del desastre" (Shaw 1978 16). Cuatro años más tarde, en su obra *Historia de la novela en España*, Andrés González Blanco denominó a la generación "generación del desastre", y el nombre definitivo fue difundido por el propio Azorín, cuando en 1910 en el artículo titulado *Dos generaciones* en *ABC* comparó a su generación con la generación más joven, la de 1896 (*Id.* 17). Laín Entralgo, por su parte, en *La generación del 98 y el problema de España*, nombra como miembros de la generación a Miguel de Unamuno,

Ángel Ganivet, Azorín, Ramón del Valle-Inclán, Pio Baroja, Antonio y Manuel Machado, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente (Laín Entralgo 2012 417).

Según José Domingo, a la Generación del 98 la define como un grupo de escritores e intelectuales españoles que se unieron en 1898 motivados por la situación del estado. También, los define de “edad parecida; formación ideológica emanada de iguales fuentes; convivencia en un mismo medio; manifestaciones colectivas coincidentes; un hecho histórico sentido por todos ellos; la dirección de un guía generacional; una coincidencia estilística y otra generación a la que suceder” (Domingo 1973 8). Aparte de José Domingo, en 1913, Azorín hizo su intento de describir a la Generación del 98 cuando especificó;

La generación de 1898 ama a los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos...; da aire al fervor por el Greco...; rehabilita a Góngora...; se declara romántica...; siente entusiasmo por Larra...; se esfuerza, en fin, por acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar, a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad. La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior; ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós, Ha tenido todo esto, y la curiosidad mental por el extranjero y el espectáculo del desastre—fracaso de toda la política española—han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España (Azorín 1919 254-255).

En su definición de este grupo literario, Pedro Laín Entralgo destacó que “la inquietud española y la ambición literaria son el anverso y el reverso de esa luciente, áurea moneda que en la historia de las letras españolas solemos llamar generación del 98” (Laín Entralgo 2012 417). Tal y como acentúa Domingo, las principales características de la Generación del 98 son la preocupación por la identidad española, el patriotismo, pero también el pesimismo por la situación en la que se encontraba España (Domingo 1973 9). Predomina entre estos escritores el espíritu de protesta y rebeldía. (Shaw 1978 17). No les interesa la forma métrica, sino el contenido. En sus obras valoran la tradición y recuperan expresiones que ya no se usan, es decir, arcaísmos (Laín Entralgo 212 424). Fascinados por la filosofía, procuraron transmitir algunas corrientes filosóficas de los más grandes filósofos europeos como Friedrich Nietzsche, Arthur Schopenhauer, Sören Kierkegaard y muchos otros (Domingo 1973 10).

Laín Entralgo explica la forma en que los noventayochistas se enfocan a los problemas sociales y actuales de la época: “Toda la tierra de España, una y diversa, ha sido poéticamente transfigurada en el ensueño de la generación del 98. Dan unidad al paisaje soñado los llanos y las sierras de Castilla, la que todos cantan, la Castilla áspera y delicada que ellos elevaron a

mito español” (Laín Entralgo 2012 427). Los noventayochistas sienten un gran amor y atracción por el paisaje, especialmente el paisaje de Castilla y sus polvorientas ciudades porque no es un paisaje ficticio sino una imagen real de España y de esta forma quieren enviar un mensaje crítico (*Ibid.*).

A continuación, Laín Entralgo explica la profundidad y la gravedad del problema que atormenta a España y a la forma en la que reaccionan los españoles ante esa situación: “Los españoles, seducidos por la alegre apariencia de la paz anhelada, la reciben como se recibe un tesoro más merecido por gracia que conquistado con esfuerzo, y se conducen como si en verdad hubiesen resuelto el problema que España tenía latente en su seno” (Laín Entralgo 2012 417). Según afirma Shaw, la propia pérdida de las colonias se ha quedado en la sombra por la reacción de los españoles, o mejor dicho, por falta de ella (Shaw 1978 16). España parecía deprimida e indiferente. Los únicos capaces de intervenir y de expresarse fueron los noventayochistas. Conforme explica Shaw, los noventayochistas harán con sus plumas una magnífica literatura “de dos vertientes, como las altas sierras: por una parte, criticarán acerbamente la realidad presente y pretérita de España; por otra, inventarán un bello mito de España, a la vez literario e histórico” (*Id.* 420).

Los noventayochistas quieren conocer y observar el paisaje a través de sus viajes por el país para descubrir la auténtica España. Sobre todo, observan y describen la tierra de Castilla, que a lo largo de la historia ha sido un símbolo de España, por su historia y su cultura, pero también, porque representa a gente sencilla y trabajadora (Laín Entralgo 2012 423).

3. Azorín - vida y obra

José Martínez Ruiz nació en Monóvar en 1873 y desde muy pequeño sintió el amor por la escritura, por lo que escribió sus dos primeras novelas autobiográficas en la escuela (Shaw 1978 207). Después de abandonar los estudios de Derecho, comenzó a escribir artículos y publicar sus trabajos en revistas y periódicos como *El Mercader Valenciano*, *El Pueblo*, *El País* y muchos otros, y así comenzó a destacarse cada vez más entre los lectores españoles (*Ibid.*).

Fascinado por el paisaje, viajó activamente por toda España, especialmente por Castilla. Su objetivo era conocer la realidad de la zona y el paisaje para transmitir una visión de España al lector (Shaw 1978 219). Además de describir el paisaje, muchas de las obras de Azorín están imbuidas del motivo del tiempo y, por tanto, de la fugacidad del tiempo (*Id.* 220). Esta obsesión

por el tiempo se analizará con más detalle más adelante en este trabajo. Así Laín Entralgo describe el desarrollo y la madurez de Azorín como escritor:

Pasaran años. José Martínez Ruiz se convertirá, definitivamente, en el escritor Azorín. Azorín, o el escritor. Será entonces cuando Azorín, más dueño de sus recursos expresivos, más sosegado, más diestro en comprender y definir sus propios estados de ánimo, nos revele la esencial relación que dentro de sus ojos tienen el paisaje castellano -quiero decir: la emoción azoriniana ante el paisaje de Castilla -y la idea azoriniana de la historia de España” (Laín Entralgo 1945 32).

En 1896 llegó a Madrid y se unió a Baroja y Maeztu que sentían el mismo apego al anarquismo (Shaw 1978 208). Allí escribe para *El País* donde publica el diario informe Charivari (1987), pero por muy poco tiempo porque fue retirado por las autoridades por escribir sobre el lado oscuro de la vida literaria y periodística madrileña (*Ibid.*). Publicó su primera trilogía autobiográfica *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903) y *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904) (Domingo 1973 49). Tras esta trilogía expresa su decepción e insatisfacción y cambia su forma de pensar y sus actitudes en su literatura y adopta la doctrina del conservadurismo. Su prosa se caracteriza por frases cortas y una expresión clara e inequívoca (Shaw 1978 225). Todas las obras de Azorin están empapadas de nostalgia, la observación de la naturaleza, pero también la historia española (*Id.* 210-214). En este tono, Azorín publicó sus ensayos más famosos como *Los Pueblos* (1905), *La Ruta de Don Quijote* (1905), *Castilla* (1912), *Clásicos y Modernos* (1913) (*Id.* 216, 218).

Tras la primera fase autobiográfica de escribir novelas, Azorín escribió *Don Juan* (1922), *Doña Inés* (1925), *Félix Vargas* (1928), *Superrealismo* (1929) y *Pueblo* (1930) (Domingo 1973 50-52). Además de novelas y ensayos, Martínez Ruiz también intentó escribir obras de teatro. Aunque nunca fue aceptado del todo por la crítica, firma obras como *Old Spain* (1926), *Brandy, mucho brandy* (1927), *Comedia del arte* (1927), por nombrar algunos (Shaw 1978 227). En la última fase de su creación artística aparecen *Valencia* (1914), *Madrid* (1941), *París* (1945) y *Memorias inmemoriales* (1946) (*Id.* 231). Todas las obras están impregnadas de su estilo único y de numerosos recuerdos (*Ibid.*). Este académico de la lengua española nos dejó obras imprescindibles y será recordado por su diversidad y creatividad, pero también por el gran papel que desempeñó como integrante de la Generación del 98.

4. La obra de Azorín y el paisaje castellano

A lo largo de este trabajo se han mencionado el interés y la fascinación de la Generación del 98 por el paisaje, sobre todo de Castilla, con el fin de encontrar respuestas sobre la identidad

nacional española. La generación se convirtió así en “el primer grupo de intelectuales en sentido moderno, y desempeñaron un papel nacionalizador destacado” (Ortega Cantero 2002 120). El escritor, dentro de este grupo, con más admiración y afecto por el paisaje, así como por el tiempo, fue Azorín (*Ibid.*). Azorín expresó claramente su opinión sobre lo que hace a un buen escritor: “Lo que da la medida de un artista es un sentimiento de la naturaleza, del paisaje [...] Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje [...]” (Azorín 1943 113).

Para comprender mejor esa fascinación y aportación sobre el paisaje castellano en Azorín, según Ortega Cantero, es necesario mencionar la influencia de la historia de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza (Ortega Cantero 2002 120). La influencia que proviene del pensamiento y la filosofía krausista, “que estudia la formación y transformación de la sociedad en el contexto de una conceptualización de la cultura” (Fox 1997 4). Según Inman Fox, “este aspecto se va a fundamentar no solo en el concepto de la formación de la nación española y las razones de su decadencia sino también en la meditación sobre el espíritu del pueblo como conciencia de ser nacional con características inequívocas, que se revela en la expresión de la fantasía del pueblo y que subsiste a lo largo de la historia” (*Ibid.*).

Así ofreció Francisco Giner una representación renovada del paisaje español y una nueva forma de percibirlo y apreciarlo, pero también sostenida en las interpretaciones presentadas por los naturalistas de su tiempo (Ortega Cantero 2002 121). Dirigió todo su interés hacia el paisaje castellano, “acunando, tras el desprecio romántico, su primera imagen moderna”, más bien, acercándose al paisaje era una forma de “acercarse al pueblo español, a su carácter y a su historia” (*Ibid.*). Debido a su interés por Castilla;

fueron creadas sociedades de excursiones, y el interés por Castilla como unidad cultural fue incorporado a la metodología pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza”, incluso “por primera vez en España, se llevaba a los alumnos de excursión a visitar los museos y las ciudades monumentales castellanas como Toledo, Ávila y Segovia, para que descubrieran un pasado generalmente olvidado, ignorado o menospreciado por los españoles (Jongh-Rossel 1986 73).

Tal influencia e imagen del paisaje dejaron una profunda huella en la Generación del 98, que ofrecía una visión completamente nueva sobre el paisaje y las ciudades antiguas, y que despertó en ellos el deseo de escribir sobre estas partes auténticas olvidadas de España. Todos los motivos y temas literarios mencionados los podemos ver en las obras de los noventayochistas, pero especialmente en las obras de Azorín. En su visión del paisaje de Castilla, Azorín deja constantemente una sensación del pasado y de los viejos tiempos que,

según él, fueron mejores que el presente (Ortega Cantero 2002 124). Azorín señala que los aspectos del paisaje siempre han estado presentes en la literatura española, pero con la llegada de la Generación del 98, el paisaje se convirtió en el protagonista principal: “Nos atraía el paisaje...No es cosa nueva, propia de estos tiempos, el paisaje literario. Lo que sí es una innovación es el paisaje por el paisaje, el paisaje en sí, como único protagonista de la novela, el cuento o el poema” (Azorín 1943 975).

Asimismo, Nicolás Ortega Cantero enfatiza que esta noción del paisaje en el grupo de los noventayochistas es especialmente prominente en la obra de Azorín porque él experimenta el paisaje a través de todas las épocas, principalmente en el pasado al que regresa constantemente, que lo inspira y fascina siempre: “la dimensión histórica, el paso del tiempo, la sucesión temporal de las cosas y de los hombres, ocupa un lugar destacado en el paisajismo de Azorín. Nos sólo le interesa la imagen del presente y las huellas que subsisten en ella del pasado, sino también la imagen misma de ese pasado, lo que el paisaje era en tiempos pretéritos” (Ortega Cantero 2002 123).

4.1. La visión de España en *Castilla* y *La ruta de Don Quijote*

La primera obra de este análisis es *Castilla*, publicada en el año 1912. Azorín, en *Castilla*, a través de catorce capítulos busca encontrar el espíritu de Castilla mediante la observación y la descripción del paisaje, asimismo expresa su descontento y las preocupaciones por los problemas de la realidad igual que el resto de los miembros de la Generación del 98 (Ortega Cantero 2002 120). Según Carlos Schwab, lo que caracteriza a esta obra es que no podemos determinar el género literario exacto, porque *Castilla* contiene las características de ensayo de historia, relato, pero también de artículo de crítica literaria (Schwab 1992 181). *Castilla* es una colección de viñetas sin una estructura lógica, así que podemos decir que esta obra simboliza la intención de Azorín de “trascender el discurso de la razón como vehículo de comprensión de la realidad, a la vez que refleja la búsqueda de un nuevo lenguaje -un nuevo estilo, un nuevo género – para representar esta realidad” (*Id.* 182). Con este nuevo lenguaje, Azorín introduce de alguna manera, en casi todas las viñetas, el tema de una España rural, primitiva, ignorada y desconocida (*Ibid.*).

A lo largo de la obra no aparecen personajes concretos para contar la trama. Sin embargo, el autor se basa únicamente en una descripción detallada del paisaje castellano y un sentimiento particular de melancolía. Es obvio que Azorín describe el paisaje hasta el último detalle, no

obstante Gaspar Sabater señala que la fascinación de Azorín es más por el ambiente y no por la descripción del paisaje como tal (Sabater 1944 97). Temáticamente, esta obra la podemos dividir en cuatro capítulos. El primer capítulo trata el tema de los ferrocarriles en España, más concretamente de un viaje por España. El segundo grupo temático trata sobre Castilla y el tiempo, donde se describe el paisaje de Castilla en el espacio y el tiempo. El tercer grupo se ocupa de las obras famosas, pero Azorín las cambia para mostrar lo que les había sucedido a estos personajes a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en “Las Nubes” toma la historia de *La Celestina*, en “Lo fatal” continúa la trama del *Lazarillo de Tormes*, en “La fragancia del vaso” continúa la historia de *La ilustre fregona* y en “Cerrera, cerrera” la historia de *La tía fingida*, de Miguel de Cervantes. De esta manera, Azorín esta vez sí introduce protagonistas. En el último grupo, Azorín de nuevo observa y describe el aspecto del tiempo, pero esta vez introduce sus propios personajes.

En 1905, Azorín realizó un viaje por diversos pueblos, es decir, pequeñas villas de la región de Castilla - La Mancha por las que pasó el personaje de Don Quijote, o como Azorín lo llama, Alonso Quijano el Bueno: “Antes de abandonar *El Imparcial*, Azorín contribuyó a las celebraciones del tricentenario de la primera edición del Quijote, con quince artículos que, con otro capítulo añadido, se convertirán en *La ruta de Don Quijote* (1905)” (Shaw 1978 218). Su objetivo era vivir todas las experiencias de ese viaje, absorber cada detalle y conocer la historia de los pequeños lugares. Por eso en estas crónicas periodísticas, Azorín da una descripción completa del paisaje, describe todo lo que ve hasta el más mínimo detalle, pero siempre con cierto matiz de nostalgia. Por esa razón *La ruta de Don Quijote* es la segunda obra que se estudiará en este trabajo.

5. El paisaje

5.1. La intrahistoria en Azorín

El tema de Castilla, además de a la Generación del 98, llamó la atención de Miguel de Unamuno, a quien fue vinculado con la polémica sobre si pertenecía a la Generación 98 o al Modernismo. En su libro *En torno al casticismo* (1895), Unamuno explora el espíritu histórico castellano en la lengua y la literatura castellana. El cree que la historia es continua y que nunca cesa, por lo que introduce la noción de intrahistoria (Fox 1997 9).

La interpretación sentimental y teológica que las palabras de Unamuno hacen del paisaje altocastellano no es ajena al mundo del recuerdo, esto es, a la vida personal e histórica: viendo así la tierra de Castilla, recuerda el vasco que sobre el suelo contemplado peregrinaron el Cid y San

Juan de la Cruz. Ve Unamuno a Castilla desde la personal idea de que entrambos tiene; de ellos y de todas las grandes sombras del pasado de España (Laín Entralgo 1945 29).

La intrahistoria o pensamiento unamuniano quiere señalar esas pequeñas historias de la gente ordinaria porque son ellos quien hacen la historia, no los grandes personajes históricos descritos en los libros (Fox 1997 8-10). Según Jongh- Rossel, Unamuno así quiere mostrar lo que ha quedado menos conocido y no mencionado en la historia, es decir, lo que ha quedado a la sombra de la historia (Jongh-Rossel 1986 75). Con su pensamiento, Unamuno contribuyó en gran medida a la búsqueda de una mejor comprensión de la cultura nacional de España, y los miembros de la generación a través de sus viajes buscaron retratar la España real que se presentaba de manera diferente en los periódicos (Fox 1997 10).

En la literatura azoriniana, la intrahistoria tiene mucha importancia porque para Azorín el pueblo es más importante que la gran ciudad porque es la mejor fuente de información para aprender sobre el pasado y, por tanto, sobre la tradición (Montoro Sanchis 1953 102-103). Precisamente por esta capacidad específica de adentrarse en el pasado de los pequeños pueblos y conocer sus historias, Azorín fue el único que realmente supo describir en profundidad el núcleo de Castilla y su gente (*Ibid.*). Pero a diferencia de Antonio Mantoro Sanchis, Villaronga sostiene que la actitud de Azorín hacia los pequeños pueblos no fue causada por su búsqueda de un auténtico espíritu español, sino por su amor artístico por las imágenes pintorescas. Luis Villaronga confirma que, aunque lo más importante para Azorín era el arte relacionado con el paisaje rural, no descuidó la tristeza y la compasión por la pésima condición económica de la gente (Villaronga 1931 42-45).

En “Los ferrocarriles”, Azorín describe dónde se construyeron los primeros ferrocarriles en España, qué ciudades las conectaban, pero también el primer encuentro de los españoles con el ferrocarril. Por un lado, le fascina el ferrocarril y, por otro, le preocupa que este invento moderno altere su tradición. Observa a la gente viajar con facilidad en tren. En su descripción combina los motivos de un ferrocarril moderno con la naturaleza y las viejas ciudades polvorientas y contrasta así el espacio y el tiempo como una colisión de lo nuevo y lo tradicional:

[...] el tren se pone otra vez en marcha; y allá a lo lejos, en la obscuridad de la noche, en estas horas densas, profundas, de la madrugada, se columbra el parpadeo tenue, misterioso, de las lucecitas que brillan en la ciudad dormida: una ciudad vieja, con callejuelas estrechas, con una ancha catedral, con una fonda destartalada, en la que ahora, sacando de su modorra al mozo, va a entrar un viajero recién llegado [...] (Azorin 1912 8).

Nuevamente, en “Los toros”, a través de las vivencias del escritor Arriaza, nos da una descripción realista de la historia y tradición española y de la brutalidad humana: “¡Corre que te pilla!” o “¡Detente, bárbaro!” (Azorín 1912 17). Por medio de una triste descripción del paisaje, Azorín logra pormenorizar la tradición taurina española, que está profundamente arraigada en su historia y lo representa como si fuera el lado oscuro de la tradición española (Azorín 1912 18):

Lo que Arriaza no nos ha pintado son esas cogidas enormes, en que un mozo queda destrozado, agujereado, hecho un ovillo, exangüe, con las manos en el vientre, encogido; esas cogidas al anochecer, acaso con un cielo lívido, ceniciento, tormentoso, que pone sobre la llanura castellana, sobre el caserío mísero de tobas y pedruscos, una luz siniestra, desgarradoramente trágica (*Ibid.*).

En el texto “El mar”, Azorín describe el paisaje destacando que Castilla no tiene ni costa ni mar, pero de nuevo lo explica de una manera única y característica. Compara el mar con el paisaje castellano y de esta forma enfatiza adicionalmente las características del paisaje. “No puede ver el mar la solitaria y melancólica Castilla” (Azorín 1912 27). Azorín lo menciona como si el mar fuera responsable de su soledad. Asimismo, continúa con su visión del pueblo y describe: “Las auras marinas no llegan hasta estos poblados pardos, de casuchas deleznales, que tienen un bosquecillo de chopos junto al ejido. Desde la ventanita de este sobrado, en lo alto de la casa, no se ve la extensión azul y vagorosa [...]” (*Ibid.*). Con este contraste y esta descripción del mar, Azorín quiere destacar que el mar es una gran fuerza en constante movimiento, llena de vida, ruidosa: “A esta olmeda, que se abre a la salida de la vieja ciudad, no llega el rumor rítmico y ronco del oleaje” (*Ibid.*). Por otro lado, Azorín describe el paisaje castellano como: “Estos labriegos secos, de faces polvorientas, cetrinas, no contemplan el mar: ven la llanada de las mieses; miran, sin verla, la largura monótona de los surcos en los bancales” (*Ibid.*). Cuenta cuál es la experiencia e impresión junto al mar durante el día, pero también por la noche. Cómo a lo largo de la historia esta impresión del paisaje ha permanecido igual:

En la negrura del firmamento brillan luceros. Pasarán siglos, pasarán centenares de siglos: estas estrellas enviarán sus parpadeos de luz a la tierra; estas aguas mugidoras chocarán espumajeadas en las rocas: la noche pondrá su obscuridad en el mar, en el cielo, en la tierra. Y otro hombre, en la sucesión perenne del tiempo, escuchará absorto, como nosotros ahora, el rumor de las olas y contemplará las luminarias eternas de los cielos (*Id.* 28).

Describe una ciudad cerca del mar, como si se tratara de Castilla. Azorín se aleja un momento de la realidad y sueña que la tierra castellana tiene mar, es decir, que esta tierra abandonada y seca necesita un mar. Fascinado por la naturaleza, constantemente se pregunta “¿Cómo es el mar?, ¿Qué dice el mar?, ¿Qué se hace en el mar?” (*Id.* 27). No obstante, él está consciente de que esto es solo un sueño y vuelve a la realidad, a la vieja Castilla, donde la vida continúa como lo ha hecho durante siglos. “Pero nuestras evocaciones han terminado; desde las lejanas costas volvemos a la vieja ciudad castellana. Por la ventanita de este sobrado columbramos la llanura árida, polvorienta; el aire es seco, caliginoso. Suenan las campanadas lentas de un convento. Castilla no puede ver el mar” (*Id.* 29).

“Una lucecita roja” cuenta la historia de la familia Henar que cada noche ve una pequeña luz roja en la distancia, es decir, un tren. Pase lo que pase, esa luz aparece todas las noches. “Lo mismo da que sean los seres más felices de la tierra o los más desgraciados: la lucecita roja aparece a su hora y después desaparece” (*Id.* 45). El autor detalla el paisaje alrededor de la casa y afirma que esta está viva y que en ella viven padre, madre e hija. Describe la belleza de la casa y de la naturaleza, de cómo vale la pena esforzarse un poco para llegar a ella y la describe como si hubiera estado allí durante siglos: “En lo alto, asentada en una ancha meseta, está la casa. La rodean viejos olmos; dos cipreses elevan sobre la fronda sus cimas rígidas, puntiagudas. Hay largos y pomposos arriates en el jardín. Hay en la verdura de los rosales, rosas bermejas, rosas blancas, rosas amarillas” (*Id.* 44).

No eran muchos los pasajeros que habían viajado por la estación de este pueblo, pero una noche, la madre y la niña se encontraban en la estación esperando el tren, sin el padre. Estaban vestidas de luto y por primera vez entraron al tren y no vieron la lucecita roja desde su casa, pero la luz roja seguía apareciendo sin importar. Azorín aquí quiere destacar que el padre de familia ha muerto, pero que la vida y el tiempo siguen. “Desde allá arriba, desde la casa ahora cerrada, muda, si esperáramos el paso del tren, veríamos cómo la lucecita roja aparece y luego, al igual que todas las noches, todos los meses, todos los años, brilla un momento y luego se oculta” (*Id.* 46).

Azorín en su literatura quiere dar una imagen auténtica de una ciudad castellana y lo logra cuando describe detalladamente la ciudad a través de diferentes épocas. Lo hace en el texto “Una ciudad y un balcón” y especifica hasta el más mínimo detalle las características de la ciudad, su paisaje y su belleza: “Una ancha vereda —parda entre la verdura— parte de la ciudad y sube por la empinada montaña de allá lejos. Esa vereda lleva los rebaños del pueblo, cuando declina al otoño, hacia las cálidas tierras de Extremadura” (Azorín 1912 20). Azorín presenta un personaje ordinario de la vida cotidiana, un anciano en el balcón. Aquí también podemos

notar las características de la intrahistoria unamuniana. Un hombre que no conocemos, un individuo que no se destaca frente a una multitud en una gran ciudad. Para Azorín, es un ejemplo perfecto de un hombre pequeño, que a lo largo de los años no puede romper esta monotonía y todos sus días son iguales. A lo largo del período en el que describe esta ciudad, quiere demostrar cómo el tiempo puede cambiar, pero el sufrimiento y el dolor humano no terminan nunca y son constantes en cualquier período de la vida. Cuando por primera vez menciona al hombre en el balcón, dibuja una imagen triste de este caballero sentado con la cabeza inclinada: “[...] se ve sentado en un sillón un hombre; su cara está pálida, exangüe, y remata en una barbita afilada y gris. Los ojos de este caballero están velados por una profunda tristeza; el codo lo tiene el caballero puesto en el brazo del sillón y su cabeza descansa en la palma de la mano...” (Azorín 1912 21).

Años después, vuelve a mencionar ese mismo balcón y al hombre que estaba allí. Lo describe como si el tiempo se hubiera detenido y nada hubiera cambiado en la vida de ese caballero excepto el aspecto físico. Era como si no se hubiera movido de ese lugar y todavía estuviera atormentado por ese sentimiento de tristeza como hace muchos años: “[...] se divisa un hombre. Viste una casaca sencillamente bordada. Su cara es redonda y está afeitada pulcramente. El caballero se halla sentado en un sillón; tiene el codo puesto en uno de los brazos del asiento y su cabeza reposa en la palma de la mano. Los ojos del caballero están velados por una profunda, indefinible tristeza...” (Id. 22).

En *La Ruta de Don Quijote*, Azorín no ve la hora de salir de la ciudad que lo asfixia: “Esta es la hora en que las grandes urbes modernas nos muestran todo lo que tienen de extrañas, de anormales, tal vez de antihumanas” (Ibid.). Apenas llega a la estación cuando de repente cambia de humor y comienza a disfrutar del viaje porque de alguna manera lo toma como un escape de la realidad y la ciudad. Aquí, Azorín señala claramente cómo el paisaje afecta en gran medida su estado de ánimo. Eligió Argamasilla de Alba como su punto de partida porque representa una ciudad antigua y tradicional. Azorín deambulaba mientras hablaba con los habitantes de Argamasilla, por lo que escuchó historias y observó la naturaleza y la rutina diaria de la gente. En los últimos párrafos de *La ruta de Don Quijote*, a través del pensamiento unamuniano, Azorín describe una visión verdadera del pueblo y de su gente, y así enfatiza la pobreza y las dificultades que les da la vida. Quiere destacar el hecho de que la tierra española está seca, devastada y pobre, y que la gente duerme en reposo denso y nadie hace nada:

El pueblo duerme en reposo denso; nadie hace nada; Las tierras son apenas rasgadas por el arado celta; los huertos están abandonados; El Tomelloso, sin agua, sin más riesgos que el caudal de los

pozos, abastece de verduras a Argamasilla, donde el Guadiana, sosegado, a flor de tierra, cruza el pueblo y atraviesa las huertas; los jornaleros de este pueblo ganan dos reales menos que los de los pueblos cercanos [...] (*Id.* 48).

A continuación, hace preguntas para enfatizar la importancia de la tierra castellana: “¿No es esta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano? ¿No está en este pueblo compendiada la historia eterna de la tierra española? ¿No es esto la fantasía loca, irrazonada e impetuosa que rompe de pronto la inacción para caer otra vez estérilmente en el marasmo?” (*Ibid.*). Con este pesimismo, quiere enfatizar la dificultad de la vida y la monotonía de las personas de los pueblos. Sin embargo, para esta gente esto es menos importante porque su vida siempre ha sido así a lo largo de la historia y esa es la parte de su tradición. Lo importante es que la gente ordinaria siga soñando para que el sueño español y el ideal se mantengan vivos.

6. El tiempo

6.1. La nostalgia en Azorín

Según Granell, para comprender el espíritu de España es necesario estudiar el aspecto del tiempo, que es una de las características básicas de la escritura de Azorín (Granell 1949 150-151). Granell argumenta que Azorín tuvo una infancia infeliz. Tal ambiente y atmósfera influyeron y alentaron su melancólico, doloroso y triste acercamiento al paisaje castellano (*Id.* 152). Asimismo, José Rico-Verdú pone de relieve su pensamiento que Azorín padecía de necrofilia: “El necrófilo [...] vive anclado en el pasado, nunca en lo futuro. Le fascina todo lo que ya no es y, en cuanto le es posible, quiere escapar al presente” (Rico-Verdú 1973 108). Conforme Rico-Verdú, Azorín en realidad vive aprisionado en el pasado (*Ibid.*).

En “Ventas, posadas y fondas”, en la obra *Castilla*, Azorín afirma que, en la literatura española, las ventas tienen su significación y son inseparables del paisaje de Castilla (Azorín 1912 15). Tiene una sensación de nostalgia cuando describe la tradición de los españoles, pero también de los viajeros en general que se hospedaban en posadas, tiendas y fondas, y cómo eran esos lugares que ahora parecen abandonados y arruinados. Según Montoro Sanchis: “Se vive y revive allí de los recuerdos desolados de una España que no se renueva. [...]. Lo terrible de la teoría del retorno constante, referida a España, es que la repetición de los hechos se verifica, no en altas acciones, sino en las monótonas de cada día, en la repetición vulgar, desesperada” (Montoro Sanchis 1953 1369). Azorín quiere evocar con nostalgia los tiempos pasados y las costumbres de los viajeros, más bien, su belleza que cada vez más echa de menos debido a los cambios que traen los nuevos tiempos.

Otra forma en la que Azorín expone el aspecto del tiempo es tomar obras ya conocidas y famosas y cambiarles la trama. Él toma personajes clásicos y los reinterpreta, creando así una historia completamente distinta a la original. Así que, con este grupo de capítulos Azorín introduce personajes a diferencia de capítulos pasados. Azorín retoma la obra de Miguel de Cervantes *La ilustre fregona*, titulada ahora “La fragancia del vaso”. La protagonista es la muchacha Costanza que empezó a trabajar en el mesón cuando era muy joven porque no tenía padres, hasta que se enteró de que era de una familia adinerada. Ella entonces deja el mesón y, la vida que llevaba y se va a vivir a Burgos. Veinticinco años después, ahora una mujer madura, se da cuenta de que todos los días de su vida son iguales y que todo el tiempo ocurre lo mismo. “La vida de una pequeña ciudad tiene un ritmo acompasado y monótono. Todos los días, a las mismas horas, ocurre lo mismo” (Azorín 1912 37).

Recuerda cuando trabajaba en el mesón y al cabo de un tiempo regresa a Toledo para visitar el antiguo mesón, que luce igual, aunque ya no lleva el mismo nombre. A Costanza nadie la recuerda porque todos los que la conocían murieron hace mucho tiempo. Siente la melancolía de los viejos tiempos. Finalmente, regresa a Burgos y otra vez vuelve a caer en la rutina donde todos los días pasan las mismas cosas. Podemos concluir que en su juventud era más feliz cuando no tenía dinero y cuando trabajaba en el mesón del Sevillano. “Si hemos pasado en nuestra mocedad unos días venturosos —en que lo imprevisto y lo pintoresco nos encantaban— será inútil que queramos tornarlos a vivir. Del pasado dichoso sólo podemos con servir el recuerdo; es decir, la fragancia del vaso” (*Id.* 38).

En “Las Nubes” Azorín toma la trama del autor Fernando de Rojas y su obra *La Celestina*. Sin embargo, a diferencia de la trama original, donde mueren Calisto y Melibea, Azorín indica que se casaron, que viven en la casa de Melibea y que tienen una hija, Alisa. Algunas partes de la trama permanecieron iguales, como el hecho de que Calisto y Melibea se conocieron en el huerto cuando Calisto iba tras el halcón. Alisa ahora pasa su tiempo en el mismo jardín donde se conocieron sus padres. Aquí, podemos ver el cambio de generaciones, es decir, el pasado y el presente. Podemos entender el título “Las Nubes” como una referencia y preocupación por el tiempo porque Azorín destaca que las nubes son la imagen del tiempo (Azorín 2013 90-91). Azorín describe las nubes como si fueran transitorias, pero también eternas, por lo que siempre han estado ahí y siempre estarán. Parecen iguales, pero cada una es diferente y dejan una impresión de misticismo e nostalgia que hace que una persona se sienta pequeña en este mundo e irrelevante:

Y, sin embargo, Calisto, puesta en la mano la mejilla, mira pasar a lo lejos, sobre el cielo azul, las nubes. Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son — como el mar— siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas cómo nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas —tan fugitivas— permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros (Azorín 1912 39).

De acuerdo con los nuevos tiempos y una nueva generación de jóvenes amantes, Alisa conoce a un chico en el jardín que, al igual que su padre hace décadas, persiguió un halcón. La historia se repite de esta manera, y las nubes en el cielo siguen siendo las mismas nubes que en la historia anterior, pero también en las historias que siguen: “Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente, sobre el cielo azul, en la lejanía” (Azorín 1912 40).

En “La catedral” conocemos una catedral castellana, su dilatada historia que se remonta a la época romana y cómo ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Sus componentes y su arquitectura son muy importantes para Azorín porque los describe con gran minuciosidad y dedicación. La catedral ha sufrido muchos daños debido a las condiciones climáticas a lo largo de los siglos, pero ha permanecido inmóvil. Por frágil que parezca, aún se destaca por su belleza y se erige sobre la ciudad como si la custodiara. Parece indestructible, como si fuera a permanecer allí para siempre como símbolo de resistencia en estas difíciles condiciones.

La catedral es fina, frágil y sensitiva. La dañan los vendavales, las sequedades ardorosas, las lluvias, las nieves. Las piedras areniscas van deshaciéndose poco a poco; los recios pilares se van desviando; las goteras aran en los muros huellas hondas y comen la argamasa que une los sillares. La catedral es una y varia a través de los siglos; aparece distinta en las diversas horas del día; se nos muestra con distintos aspectos en las varias estaciones. En los días de espesas nevadas, los nítidos copos cubren los pináculos, arbotantes, gárgolas, cresterías, florones; se levanta la catedral entonces, blanca sobre la ciudad blanca (*Id.* 31).

En “Cerrera, cerrera” Azorín retoma nuevamente la obra de Cervantes, pero esta vez *La tía fingida*. Este texto, al igual que los textos anteriores de este grupo, tiene un personaje principal cuya historia se sigue a través del paso del tiempo y nos deja una sensación de nostalgia. Un estudiante de la Universidad de Salamanca que no tiene ganas de estudiar, pasa sus días observando el paisaje desde la ventana de su habitación o leyendo a Francesco Petrarca, Luís Vaz de Camões y Garcilaso de la Vega. Un día conoce a una chica y se casan. Azorín también agrega a la historia el capítulo L del *Quijote* sobre una cabra y un pastor, que alude a que las

cabras son inquietas por naturaleza y siguen un “instinto natural”. Con esto quiere decir que esta chica también es de espíritu inquieto y que solo sigue sus instintos, es decir, que le ha puso los cuernos a su marido (Azorín 1912 40). El ex-estudiante ahora se encuentra solo. Un día recibe una carta y viaja a una ciudad lejana. Después de eso, nos enteramos de que el protagonista está vestido de negro, es decir, de que su esposa ha muerto.

Nostálgico de los tiempos pasados, el personaje va a su ciudad natal donde todo sigue igual que antes y allí encuentra consuelo. “Ha llegado el día —dice el poeta— en que conmemoro mi nacimiento: día superfluo. Porque, ¿de qué me ha aprovechado a mí el haber nacido? Una mañana no se abrió más la casa del hidalgo ni nadie le volvió a ver. Diez años más tarde, un soldado que regresó de Italia al pueblo, dijo que le parecía haberle visto de lejos; no pudo añadir otra cosa” (Azorín 1912 41).

En “Una flauta en la noche”, el autor nos habla de un hombre con barba blanca que una vez tocó la flauta cuando era niño. Azorín vuelve a contar la historia cronológicamente desde 1820, luego pasamos a 1870, y finalmente el personaje en 1900 llega a su ciudad natal. El hombre vuelve al pasado, recuerda nostálgicamente su infancia cuando leía todas las noches. “Ahora, cuando al cabo de una hora, estos sonos de la flauta cesan, este niño que está silencioso y absorto, se marcha hacia la ciudad, y allá en un viejo caserón que hay en la plaza, se pone a leer en unos libros de renglones cortos hasta que el sueño le rinde” (Azorín 1912 42-43). El hotel donde se hospedaba solía ser su casa donde tanto leía. En ese mismo lugar aún se escucha el sonido de una flauta que toca otro niño con su abuelo. Aparentemente conmovido por este recuerdo, el hombre se sienta en una piedra y se queda observando cómo se repite la historia. “Un haz de luz salía de una casa; se ha acercado nuestro viajero y ha visto en el zaguán un viejo y un niño; el niño tocaba en la flauta la larga melodía. Entonces el hombre de la barba blanca se ha sentado en una de las piedras del paseo y ha tornado a ponerse sobre su pecho la mano, bien apretada” (*Id.* 43).

El último texto del libro, “La casa cerrada”, comienza con un diálogo en un coche. Conduce por la vega y Azorín describe el paisaje que le rodea. “Ya desde aquí se divisará toda la vega; allá, en la lejanía, brillarán las tejas doradas de la cúpula de la catedral. El campo estará todo verde; reflejará el sol en el agua de alguna de las acequias de los huertos” (Azorín 1912 47). El personaje principal llega a su casa natal, que lleva años abandonada, pero que la limpian dos o tres veces al año. Todo en la casa es igual que antes y el hombre siente la nostalgia de su infancia. “Por esas ventanas de la galería contemplaba yo, cuando era muchacho, el panorama de la vega; ese panorama que tanto ha influido sobre mi espíritu” (*Id.* 48). Como el hombre

ahora es ciego, un compañero lo guía por la casa y le describe que las cosas siguen en su lugar como el hombre las dejó hace muchos años.

En *La ruta de Don Quijote*, Azorín informa que en Argamasilla el tiempo pasa lenta y tranquilamente como si la gente hubiera perdido la noción del tiempo; “El reloj lanza nueve campanadas sonoras. ¿Son realmente las nueve? ¿No son las once, las doce? ¿No marcha en una lentitud estupenda este reloj?” (*Id.* 14). Describe todo lo que lo rodea como la monotonía de la ciudad, que se destaca especialmente por la noche. La ciudad parecía haber dejado de vivir y estar abandonada. Ese viejo resplandor parecía haber desaparecido. A través de esta visión de la ciudad, Azorín crea el ambiente auténtico de Argamasilla: “Hay algo en estos ambientes de los casinos de pueblo, a estas horas primeras de la noche, que os produce como una sensación de sopor y de irrealidad. En el pueblo está todo en reposo; las calles se hallan oscuras, desiertas; las casas han cesado de irradiar su tenue vitalidad diurna” (*Ibid.*).

Azorín está encantado con las historias y la gente ordinaria que está conociendo a lo largo de su viaje, y señala que ellos también son importantes, aunque no sean personajes famosos. “¿No sentís una profunda atracción hacia estas voluntades que se han roto súbitamente, hacia estas vidas que se han parado, hacia estos espíritus que como quería el filósofo Nietzsche – no han podido sobrepujarse a sí mismos?” (*Id.* 20). Uno de los lugares que visita es Toboso donde los lugareños lo convencen de que Miguel de Cervantes, para ellos Miguel, es de la Mancha y no de Alcalá de Henares como aseguran muchos críticos. Para ellos, Cervantes es parte de su vida y de su historia y están infinitamente orgullosos de ello y no están dispuestos a renunciar a su historia.

7. Conclusión

José Martínez Ruiz, Azorín, es uno de los escritores más destacados de la literatura española. Como miembro de la mencionada Generación del 98, contribuyó enormemente a la literatura española, por lo que dedicó su escritura y su literatura exclusivamente a los temas de España. Azorín, influenciado por la historia de Francisco Giner de los Ríos y del pensamiento y la filosofía Krausista, adquiere una nueva percepción del paisaje y un nuevo enfoque de la historia y la nacionalidad española. En este afán de acercarse lo más posible a la historia de España, su gente y su identidad, toma a Castilla como la región más representativa de España. Logró transmitir con maestría a los lectores el paisaje y todo lo que lo rodeaba con el mayor detalle posible. En *Castilla*, a través de diferentes historias y utilizando diferentes personajes,

y en ocasiones sin personajes, logra especificar sus estados e historia describiendo el paisaje. En “Los ferrocarriles”, a través de su percepción de los trenes, explica cómo ve a la gente viajar con soltura y abrazar la invención moderna, pero expresa su preocupación por la pérdida de la tradición española. En “Los toros”, en cambio, describe la brutalidad de la tradición española a través de un paisaje triste. En “El Mar” se adentra en el núcleo de Castilla y su gente, porque a través del contraste entre el paisaje de Castilla y el muestra una idea de la falta de vida del paisaje y, por tanto, de sus habitantes. En *La ruta de Don Quijote*, Azorín emprende un viaje por pueblos pequeños y desconocidos porque para él es el mejor indicador de la realidad de España que, por ejemplo, una estancia en la ciudad. En otras palabras, con la intrahistoria crea una imagen real de España.

En cada una de las obras analizadas podemos ver una obsesión por el tiempo que lo agobia porque recuerda el pasado constantemente. Antiguos acontecimientos de la historia, personajes, obras y sus autores se entrelazan constantemente en sus historias.

Como hemos visto a lo largo de este trabajo, una de las características de su escritura es que toma obras y autores clásicos y reescribe las tramas y destinos de los personajes, reviviéndolos así por un momento y ubicándolos en diferentes y nuevos contextos. Un ejemplo de esta característica lo pudimos ver claramente en la obra de *Castilla* en la que se refería a los relatos y personajes de *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes* y, especialmente, a las dos obras de Miguel de Cervantes, cuya influencia y admiración es evidente, *La ilustre fregona* y *La tía fingida*. Utiliza personajes ya familiares de la literatura española y, por lo tanto, evoca una sensación de nostalgia. Desde otra perspectiva, inventa sus propios personajes y sus historias, describiendo sus vidas, que transcurren en la monotonía. Utiliza sus historias para evocar nostalgia en el lector y, enfatiza la fugacidad del tiempo y la vida de sus personajes.

Azorín, por tanto, es un gran amante de Castilla y de su paisaje y ve en ella una riqueza de su naturaleza e historia. En todo lo que aparentemente puede parecer desagradable, trata de encontrar algo bello y auténtico y quiere transmitir ese sentimiento e impresión al lector. Con increíble facilidad y expresiones sencillas y claras, describe el paisaje y al mismo tiempo encuentra la identidad de España. A través de aspectos del paisaje y el tiempo, expresa sus profundos sentimientos hacia Castilla y, por tanto, hacia España. De una manera particular aplicó aspectos de intrahistoria y nostalgia a sus relatos y así nos mostró fielmente la realidad de los pueblos españoles y su gente y, por tanto, su visión de España.

8. Bibliografía

Azorín, José Martínez Ruiz. *Castilla*. Madrid: Alianza, 2013.

Azorín, José Martínez Ruiz. "La generación de 1898". *Clásicos y Modernos*. Madrid: Editorial Caro Raggio, 1919.

Azorín, José Martínez Ruiz. *La ruta de Don Quijote*. Madrid: Alicante, 2004.

Azorín, José Martínez Ruiz. *Obras selectas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1943.

Cuvardic García, Dorde. "El debate Modernismo-Generación del 98", *Reflexiones* 88/2 (2009): 101-112. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4796380> (fecha de consulta: 02.06.2021.)

Domingo, José. *La novela española del siglo xx: 1.-de la generación del 98 a la guerra civil*. Barcelona: Labor, 1973.

Fox, Edward Inman. *La invención de España*. Madrid: Cátedra, 1997.

Granell, Manuel. *Estética de Azorín*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1949.

Jongh-Rossel, Elena de. "El paisaje castellano y sus descubridores: Anticipando el 98", *Hispanic Journal* 7/2 (1986): 73-80. https://www.jstor.org/stable/44284094?read-now=1&refreqid=excelsior%3Aedf52c0dbaef80a64fc771cffabd2396&seq=1#page_scan_tab_contents (fecha de consulta: 20.03.2021.)

Laín Entralgo, Pedro. "La generación del 98 y el problema de España", *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, 36 (2012): 417- 438. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-generacion-del-98-y-el-problema-de-espaa/html/dcd543b4-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_5.html#I_0 (fecha de consulta: 17.03.2021)

Laín Entralgo, Pedro. *La generación del noventa y ocho*. Madrid: Instituto de estudios políticos, 1945.

Montoro Sanchis, Antonio. *¿Cómo es Azorín? (Datos y Opiniones para su Biografía)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1953.

Ortega Cantero, Nicolás. "Paisaje e identidad nacional en Azorín", *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 34 (2002): 119-131. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=660058> (fecha de consulta: 17.03.2021.)

Rico-Verdú, José. "Un Azorín desconocido: estudio psicológico de su obra", *Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos* 1/14 (1973): 104-108.

https://books.google.hr/books/about/Un_Azor%C3%ADn_desconocido.html?id=8jYuAAAAIAAJ&redir_esc=y (fecha de consulta: 09.09. 2021.)

Sabater, Gaspar. *Azorín o la plasticidad*. Barcelona: Editorial Juventud, 1944.

Salinas, Pedro. *Literatura española siglo XX*. México: Antigua librería Robredo, 1949.

Schwab, Carlos. "'Castilla y Una hora de España' de Azorín como expresión de la Generación del 98", *Revista Hispánica Moderna* 45/2 (1992): 181-192.

https://www.jstor.org/stable/30203339?refreqid=fastly-default%3A6e401a8114dcf5f622fa85e2959a9732&seq=1#metadata_info_tab_contents (fecha de consulta: 26.03.2021.)

Shaw, Donald. *La generación del 98*. Madrid: Cátedra, 1978.

Villaronga, Luis. *Azorín, su obra, su espíritu*. Madrid: Talleres Espasa-Calpe, 1931.

Vizoso, Pedro José. "Modernismo frente a 98: una oposición infundada", *Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios* 6/1 (2008): 51-64.

<https://divergencias.arizona.edu/sites/divergencias.arizona.edu/files/articles/modernismo%20frente%20a%2098.pdf> (fecha de consulta: 11.07.2021.)